

# Víctor Schœlcher y la abolición de la esclavitud

**AIMÉ CÉSAIRE\***

## RESUMEN

En este fragmento Aimé Césaire reflexiona sobre la abolición de la esclavitud y hace un recorrido histórico de las diferentes etapas y discursos presentes en los años antes de la abolición. El fragmento está especialmente centrado en el papel de Víctor Schœlcher, político francés que, a través de la aprobación del Decreto de abolición de la esclavitud de 1848, consiguió la abolición de la esclavitud en Francia y en sus colonias. A través de estas descripciones, Césaire denuncia las condiciones y el trato recibido por los negros durante el periodo de la esclavitud y de los problemas que surgieron de la abolición de esta, como, por ejemplo, el de la ciudadanía.

## PALABRAS CLAVE

Colonialismo; abolicionismo; esclavitud; ciudadanía; Antillas; Martinica; Guadalupe; Francia; siglo XIX.



## TITLE

Victor Schœlcher and the abolition of slavery

## ABSTRACT

In this fragment Aimé Césaire reflects on the abolition of slavery and revises the history of various periods and the different discourses present during abolition. This fragment is specially focused on the role of Victor Schœlcher, a French Politician who, through the approval of the decree to abolish slavery in 1848, achieved the abolition of slavery in France and its colonies. Through these descriptions, Césaire critiques the conditions and the treatment received by blacks during slavery and the problems that emerged from abolition such as, for example, citizenship.

## KEYWORDS

Colonialism; abolitionism; slavery; citizenship; Antilles; Martinique; Guadeloupe; France; XIX century.

**\* Aimé Fernand David CÉSAIRE,** fue un poeta, escritor y político martiniqués, ideólogo de la "negritud", concepto a través del cual se propone fomentar la cultura africana y rechazar el proyecto francés de asimilación cultural. Su extensa obra, teatral (*Une saison au Congo*, 1966), poética (*Cahier d'un retour au pays natal*, 1939) y ensayística (*Discours sur le colonialisme*, 1950), está muy marcada por la defensa de sus raíces africanas y de los valores de esta cultura.

## Traducido con permiso de la editorial, artículo original:

Aimé CÉSAIRE, "Victor Schœlcher et l'abolition de l'esclavage" publicado en: SCHœLCHER, Victor, *Esclavage et colonisation*, Presses Universitaires de France, París, 2007.

**Traducción:** Redacción Revista Relaciones Internacionales

Es un lugar común afirmar que la revolución de 1848 pereció, que se hizo por sorpresa y al azar por hombres mal preparados, sin estrategia y sin táctica revolucionaria. Es cierto.

Los hombres de 1848, engañados por la ilusión de la fraternidad, no supieron prever el *obstáculo* y la retirada inevitable, ni aprovecharse del “flujo” insurreccional para vencer lo que debía ser vencido, de tal modo que cuando quisieron actuar ya era demasiado tarde: la marea se les había venido encima. Si, a pesar de la gran derrota, se rescata una hazaña positiva —la abolición de la esclavitud— es el hecho de que en un dominio limitado, la Revolución tropezó con los hombres adecuados: de espíritu suficientemente fuerte como para mantener los principios, con una audacia suficientemente franca para asumir la responsabilidad de disgustar; con una mirada suficientemente avispada para darse cuenta de que si no reaccionaban con rapidez, si no golpeaban fuerte en el ardor y en el resplandor de febrero, hubieran quedado condenados a la impotencia de los días siguientes a la inspiración y a la exaltación. Y en efecto, planteémonos esta simple cuestión: ¿qué hubiera sido de la idea abolicionista, si tal y como lo querían Marrast, Mestro y tantos otros, hubieran esperado a las elecciones y hubieran confiado a la Asamblea constituyente el realizarla?

No hay lugar a dudas: el Orden, la Propiedad y la Religión, plantados en todas las encrucijadas lo hubieran paralizado todo.

La única posibilidad que tenían los esclavos era llevar a cabo una acción gubernamental enérgica, un gesto revolucionario, un acto fulgurante.

Así lo entendió Víctor Schœlcher, uno de los pocos líderes políticos de la revolución.

\*\*\*

¿Quién fue Víctor Schœlcher?

Uno de esos grandes hombres honestos, con los que te encuentras muy de vez en cuando a lo largo de la historia. Un hombre de principios, por supuesto, que algunos llamarían un loco. Un hombre racional, sin lugar a dudas. Emocional también, desde luego, que jamás perdonará a la esclavitud el haberse cruzado en su camino, ya fuera en Nueva Orleans o en La Habana; un hombre de cultura, de probidad escrupulosa, de coraje tranquilo, que poseía una especie de talento: el de la conciencia moral.

Es significativo el hecho de que chocase suficientemente con sus contemporáneos como para que estos hablasen de él. Se ha destacado su bondad, su cortesía ceremoniosa, su imperturbabilidad, su elegancia, su tacto.

En todo caso, precisemos su singularidad: este racionalista perdido entre los románticos, ateo entre los deístas, hombre que los caracterólogos modernos, que no le temen al ridículo, clasificarían como un “secundario con un limitado campo de conciencia”, fue el más eficaz, el único y absoluto, el único abolicionista consecuente.

\*\*\*

Abolicionista, sí.

Con todo el moralismo dialéctico y la filantropía generosa que conlleva este término obsoleto.

“El derecho del hombre a la libertad, a la posesión de sí mismo, escribió Schœlcher, encierra para él, a la vez, el bien moral y el bien material. No se trata de una convención social de tiempo, de lugares y de circunstancias, es una verdad reconocida universalmente y por ello se la considera un principio, del mismo modo que la fidelidad a la fe jurada es un principio por esta razón que nadie en el mundo podrá contradecir jamás... Así, mientras que las colonias sostenían que su prosperidad estaba vinculada a la esclavitud..., nosotros lo hubiéramos negado sin dudar: si eso fuera cierto, ¡que se acaben las colonias; que se acaben las colonias antes que el principio del derecho del hombre a la posesión de sí mismo!”

Abolicionista.

Como Tocqueville, Broglie, Lamartine, Agénor de Gasparin. Desde luego.

Schœlcher es todo esto y mejor aún.

“El abolicionista” no es más que un hombre de la virtud, y de ese Don Quijote verbal que no tiene mucho que objetar en este mundo más que el ronroneo de su bella conciencia, el curso del mundo se deshace rápido, a no ser que simplemente lo seduzca y lo digiera.

Es precisamente en este punto en el que Schœlcher sobrepasa el abolicionismo y se une al linaje del hombre revolucionario: aquel que se sitúa decididamente dentro de la realidad y orienta la historia hacia su fin.

\*\*\*

1830.

La trata, abolida oficialmente, continúa exacerbada en el contrabando.

Y la esclavitud está en auge.

Azotan. Aplican el castigo de las cuatro estacas.

Los pies están encadenados. En el cuello, la picota.

Así lo quiere el código que desde 1685, con el nombre de Código Negro, es la autoridad

en la materia.

Es un trabajo bien hecho. Todo está previsto:

Para el violento, el que ha pegado a su dueño: la muerte.

Para el ladrón, la muerte.

Para el fugitivo de un mes: las orejas cortadas y una flor de lis en el hombro.

Para el reincidente: las piernas cortadas y una segunda flor de lis en el otro hombro.

Para el incorregible cimarrón, la muerte.

Al dueño le pertenecen el derecho, el rey y los juristas.

Y además también los otros.

Los teólogos, los periodistas, los reporteros, los filósofos, todos los perros guardianes tendidos sobre el lote de argumentos perentorios legados por la estulticia secular a la hipocresía universal, ladran.

\*\*\*

Primero, está la parte de la Biblia.

Es cierto que ya no osamos recuperar las toscas sutilezas sobre la raza de Cam, maldecido por su padre Noé y condenado junto a sus hijos a ser los esclavos de los esclavos de sus hermanos Sem y Jafet.

Nadie se atreve a usar ya como base, tal y como sucedía en los siglos XVII y XVIII, la *Historia patriarcal* del teólogo protestante de Zurich, Heidegger<sup>1</sup>, quien nos cuenta que en el momento en el que el patriarca pronunció su maldición, los cabellos de Canáan se rizaron y su rostro se tornó negro. De ahí la idea de que los negros son evidentemente los hijos de Canáan, y que deberán ser esclavos por los siglos de los siglos.

No obstante, nos recuerdan complacidos que la trata es ante todo una cruzada y la esclavitud, una empresa de cristianización.

Declaran, como en el Consejo colonial de Martinica, que "la esclavitud es una vía abierta por la Providencia al triunfo de la Religión", o dicho de un modo más lapidario, como en la isla Borbón: "el avasallamiento de los Negros a los Blancos es la primera visita de Dios a la raza negra."

---

<sup>1</sup> HEIDEGGER, Johann Heinrich, *Historia Ss. Patriarch*, Amsterdam, 1667-1671, 2 vol.

Rebuscamos con Granier de Cassagnac los textos sagrados y los Padres de la Iglesia y sacamos un manojo de buenas razones: apoyo en masa, y para las conciencias, sosiego:

“Lo que choca especialmente a San Agustín, igual que a San Crisóstomo, es la descomunal perturbación que la emancipación de los esclavos hubiera provocado en la sociedad. Se dirige a ellos con una vehemencia irresistible para disuadirlos del pensamiento según el cual el cristianismo venía a liberarlos y que en el momento en que fueran cristianos, serían libres”. “Que los ricos deben su reconocimiento a Jesucristo, a él, que consolidó sus casas [escribe San Agustín], si había un esclavo infiel, Jesucristo no le decía: *abandona tu amo...* No, Jesucristo no le hablaba así al esclavo. Le dijo: ¡sirve! Y para justificar la esclavitud añadió: sirve siguiendo mi ejemplo; al primero que serví yo fue al hombre cruel.”

Conclusión: se puede saquear la costa africana. Se puede esclavizar al hombre negro, reducirlo a la condición animal.

Dios está con nosotros. ¡Que las conciencias estén en paz!

Una vez sacado este tema, podemos ir muy lejos...

Podemos incluso llegar a demostrar que la condición servil es la mejor de todas y, ciertamente, la más cercana al cielo.

Por otro lado, ¿acaso al esclavo no se le da techo y alimento? ¿Acaso no está eximido de cualquier preocupación? Y entonces, ¿quién no ve que puede consagrar todos sus esfuerzos al perfeccionamiento de su alma?

Volviendo a Cassagnac:

“El esclavo tiene sus garantías dadas por las leyes y especialmente por las costumbres, en su persona y en sus sentimientos. Sólo se le pide que trabaje, dentro de los límites impuestos por las normas. En cuanto acabe su trabajo, *también es libre de su cuerpo como cualquier obrero francés y, de hecho, es aun más libre de espíritu, ya que no tiene que ocuparse de ninguna necesidad de la vida, porque el amo se lo proporciona todo a cambio de su trabajo.*”

Si la esclavitud no es un pecado a ojos de la divinidad, aún menos es un crimen respecto a la humanidad.

¿Los negros? Unos bárbaros. Semihombres. Seres inferiores.

¡La trata! Un viaje como cualquier otro. ¿La esclavitud? Un paso que te aleja de la barbarie, un progreso hacia la civilización.

Rechacemos las “imaginaciones burlescas” de los filántropos. En la deportación masiva de los Negros, no hay que ver “sólo negros muy groseros, muy ignorantes, muy mal nutridos, viviendo sin familia y medio salvajes, antes de convertirse en esclavos de los

Blancos civilizados; en resumidas cuentas, hay que ver la colonización de América, realizada con obreros africanos, como un avance para su bienestar material y su garantía moral”.

Esto dicho para los corazones sensibles.

Evidentemente, se ha hablado mucho de los azotes.

Con el comandante de la gendarmería francesa se ha llegado a asegurar que las orejas del negro no conocían otras señales u otras instigaciones para ponerse a trabajar que las amenazantes vibraciones del látigo en el aire.

Pero ¿se sabe que en realidad si se emplea el látigo, se hace únicamente porque “se oye mucho mejor, con más regularidad y de más lejos que una campana”?

Se pega de vez en cuando. Pero es bastante menos terrible de lo que suelen contar.

Es otra vez el inefable Cassagnac quien afirma que:

“No hay nada más ridículamente exagerado que lo que dicen y publican los filántropos sobre lo que ellos llaman el suplicio del látigo. Por regla general, de 150 negros, al menos hay 100 que no han recibido un latigazo en su vida... En cada vivienda hay unos cuantos negros *caput mortuum*, perezosos, bandidos y brutales, granujas abominables, como también hay en Francia y en cualquier país del mundo. ¡En Francia no habría ni un solo amo que quisiera tener cerca a uno de estos bellacos ni un cuarto de hora y al cabo de un año o dos, formarían el núcleo de las prisiones y los presidios! En las colonias no hay forma de despedirlos, tal y como se estila aquí con los obreros. Son parte de la propiedad como el resto, hay que nutrirlos y mantenerlos... Pero estamos obligados a forzarlos a trabajar, porque si no, de buena voluntad, no trabajarían... Por lo tanto, la coerción es lo más racional y lo más moral que se puede aplicar a los recalcitrantes. *Y por lo que respecta al látigo, después de haber reflexionado sobre ello, creo que es el único medio aplicable.* El palo usado por el ejército inglés es monstruoso y puede lisiarlos. La cuerda, empleada por la marina francesa, es tan terrible como el palo. La cárcel suspende su trabajo y, consecuentemente, incumple la finalidad del esclavo. Con lo cual, sólo queda el látigo.”<sup>2</sup>

¿Aún queda algún incrédulo? ¿Espíritus fuertes, acorazados contra la voz de los apóstoles? ¿Escrupulosos que, con la aritmética de los placeres en la mano, nieguen que la esclavitud sea una promoción hacia la felicidad?

No hay más que hablarles alto y claro, en el idioma al que ningún burgués ha sido jamás sensible: el lenguaje del bienestar y de las finanzas.

<sup>2</sup> GRANIER DE CASSAGNAC, Adolphe, *Voyage aux Antilles françaises, anglaises, danoises, espagnoles, à St-Domingue et aux Etats-Unis d'Amérique. Antilles françaises*, Dauvin et Fontaine, París, ps. 190-192.

N. de R.: referencia completada para la presente traducción; obra consultada en línea en: <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k62973c/f1.image>, el 31 de enero de 2014.

¿Esclavos? Por supuesto que son necesarios. Lo podemos lamentar, pero así es la vida. Si no hay esclavos, no hay azúcar. Si no hay azúcar, no hay colonias. Y acabamos con la palabra definitiva del noble duque de Penthièvre hablando de los Negros: "Únicamente destinados a la cultura de nuestras colonias, la necesidad los ha llevado hasta ahí y esa misma necesidad, ahí los mantiene".

Eso es evidente.

A mediados del siglo XIX, los esclavistas están más vivaces que nunca. Es un cuerpo con una doctrina, un sistema, una propaganda, una manera de pensar, una forma de sentir y una fe todo junto, y si añadido que bajo las especies del racismo y del colonialismo, sobrevive, que los prejuicios que son su secuela y que, al mismo tiempo que influyen lapolítica, aparecen como el pensamiento de millones de europeos y de millones de americanos, y de forma general, alimenten constantemente la buena conciencia del "blanco medio", entenderemos que Schœlcher sigue siendo *actual* y que sus argumentos guardan bastante fuerza para *servir* antes que para ser recordados.

\*\*\*

¿Quiénes fueron pues esos hombres que una salvajada insuperable durante siglos arrancó de sus países, de sus dioses, de sus familias?

Hombres dulces, educados, corteses, seguramente superiores a sus verdugos: esa cuadrilla de aventureros que destrozaban, violaban, insultaban a África para poder despojarla mejor.

Sabían edificar casas, administrar imperios, construir pueblos, cultivar campos, fundir minerales, tejer algodón, forjar hierro.

Su religión era hermosa, creada a través de misteriosos contactos con el fundador de la ciudad. Sus costumbres agradables, fundadas sobre la solidaridad, la bondad, el respeto hacia el anciano.

No había lugar para la coerción, sólo la ayuda mutua, la alegría de vivir, la disciplina libremente consentida.

Orden. Intensidad. Poesía y libertad.

Desde el individuo sin angustia, hasta el jefe casi fabuloso, una cadena continua de comprensión y confianza.

¿No había ciencia? Cierto, pero tenían grandes mitos para protegerse del miedo, en los que la más aguda observación y la más audaz de las imaginaciones se equilibraban y se fundían. ¿No había arte? Tenían su magnífico estatuario, en el que la emoción humana, más que manifestarse de manera indomable, organiza según las obsesivas leyes del ritmo los

grandes planos de una materia conminada a captar, para redistribuirlas, las más secretas fuerzas del universo...

Es cierto que la obra de Schœlcher, en su totalidad, constituye un excelente ejemplo, además de muy moderno, de crítica desmitificadora.

Es Schœlcher quien en páginas indignadas, en las que su estilo habitualmente tajante y elegante se infla y crece hasta la elocuencia más fogosa, nos recuerda que el hombre es hombre, sea cual sea su filiación étnica, y fulmina a los falsos humanistas cristianos que ha sorprendido en flagrante delito de contradicción.

También es Schœlcher quien, al disipar los nubarrones de la metafísica económica, y al entrever —único en su época— la raíz de la esclavitud, preconiza ya la mejora de la técnica como su verdadero remedio.

Pero sobre todo, es Schœlcher quien, al rechazar el gobinismo instintivo y tenaz de Europa, afirma que no está en absoluto demostrado que los cabellos lisos sean más inteligentes que los cabellos crespos, ni que un tejido de células reticulares que secretan materias negras sea menos genial que un tejido de células reticulares que secretan materias blancas.

¿Grandes ciudades africanas? Desde luego que hay. No conoce el país Yoruba. No conoce ni Oyo, ni Ibadan, ni Ogbomosho, núcleos urbanos de 100 000 a 200 000 habitantes.

Pero ha leído a Mungo-Park y gracias a él conoce Segú, la capital de Bamana.

¿Monumentos en pleno corazón de África? ¿Escuelas? ¿Hospitales? Ni un burgués del siglo XX, ni un Durand, un Smith o un Brown sospecha que exista nada de esto en África antes de la llegada de los europeos.

Schœlcher apunta que existe todo esto siguiendo a Caillé, Mollien, los hermanos Cander. Y si no menciona nada sobre que, con el desembarco de los portugueses en las orillas del Congo en 1498, estos descubrieron un estado rico y floreciente, y que en la corte de Ambasa los ilustres vestían ropas de seda y de brocado, sí sabe al menos que África ha levantado por sí misma una concepción jurídica de estado, y sospecha, en pleno siglo del imperialismo, que después de todo, la civilización europea no es más que una civilización más entre las otras, y no precisamente la más tierna.

\*\*\*

A la pregunta de *¿qué hacer?* esperamos que la conteste el político.

Es curioso ver cómo los compañeros de viaje de Schœlcher languidecen y sofocan a las conclusiones.

¿Abolir la esclavitud? Sí, pero ¿cómo?

En julio de 1839, Tocqueville preconiza, entre el momento en el que el esclavo dejará de ser esclavo y el momento en el que disfrutará de todos los derechos del hombre libre, un tiempo de aprendizaje y de trabajo forzado.

Lo que hace falta es familiarizar a los colonos con la idea de la emancipación y, a través de una educación apropiada, situar a la población negra en un estado en el que puedan "*soportar la libertad*".

Y como a pesar de todo, el trabajo conlleva algunos riesgos, Tocqueville, por precaución suplementaria, rechaza el nuevo libre acceso a la propiedad.

La página merece ser citada e incluida en el dossier del capitalismo:

"Si los Negros emancipados, no pueden ni ser vagabundos ni conseguir una pequeña hacienda, siendo como han sido reducidos a vivir a cambio de rentar sus servicios, es muy probable que la mayoría de ellos permanezcan en las azucareras... Si nos fijamos de cerca, veremos que *prohibirles temporalmente el hecho de poseer una tierra* no es solo de todas las medidas excepcionales a las que podemos recurrir la más eficaz, sino que además es en realidad la menos opresiva. Si prohibimos provisoriamente a los Negros poseer la tierra, ¿qué hacemos entonces? Los situamos artificialmente en la posición en la que se encuentra por naturaleza el trabajador de Europa. Seguramente, no hay tiranía en ello, y al hombre al que se le impone este impedimento al salir de la esclavitud no parece tener derecho a quejarse."

Cinismo e inteligencia. La comprensión exacta entre la génesis del capitalismo y del trabajo asalariado. Sólo hay un concepto de más: el de *por naturaleza*. El historiador Tocqueville parece ignorar las violencias, las exacciones de la Europa del siglo XV, que han logrado arrancar del mundo rural a ingentes cantidades de seres humanos, para lanzarlos al mercado de trabajo, sin raíces, sin defensa, proletariados alienables...

Si Tocqueville es cínico, Broglie es altivo y desdenoso.

En su informe de 1843, se manifiesta a favor de la abolición de la esclavitud, pero con un retraso de diez años.

Es formal: "Si queremos que el aprendizaje sirva para algo, hace falta que sea algo. Si queremos que la educación dada, o mejor dicho, administrada a los Negros, mitad por persuasión, mitad por obligación, nos dé algún fruto, debemos darle tiempo para que se active... La condición *sine qua non* de cualquier progreso en el orden intelectual y moral, es un poco de calma.

"Para mantener, al menos durante algunos años, el espíritu de los Negros en una situación pacífica, debemos sin lugar a duda mostrarles la libertad en perspectiva, pero hay que enseñársela a distancia: al acercarse el momento supremo, hagamos lo que hagamos, la agitación será demasiado grande como para que podamos esperar nada".

Admiremos el tono paternalista:

Jamás se ha dado tan poco.

Jamás se ha dado tan mal.

En resumen: andan con rodeos, tergiversan, murmuran.

En todo caso, se transige con la esclavitud.

El mérito inmenso de Schœlcher es el de, muy pronto, rechazar cualquier compromiso.

No se trata de un aprendizaje de tipo inglés. No se trata de una semilibertad a la Tocqueville o a la Broglie. No se trata de una mejoría de la condición servil. Se trata de la abolición, la abolición inmediata que es la que hace efecto. Y por lo demás, *confiemos en la raza negra...*

A partir de ahora, su fórmula: "No se regula la esclavitud más humanamente de lo que se regula el asesinato".

\*\*\*

Sería falso decir que los dieciocho años de reinado de Luis Felipe no hicieron avanzar la cuestión de la emancipación de los esclavos.

El paso decisivo que esos años le obligaron a tomar fue el de convencer a las mentes más cooperativas de que nada podía acordarse de forma amistosa, que los intentos del reformismo fracasarían ineluctablemente por el muro de los intereses y que la abolición se conseguiría con la revolución o no se conseguiría.

Conocemos los hechos:

En 1838, Hippolyto Passy sorprendió a la Cámara con una proposición que otorgaba la libertad a los niños recién nacidos y facilitaba la reventa de esclavos.

La Cámara, disuelta, no tuvo tiempo de pronunciarse.

En 1839, Tracy renueva las proposiciones de Passy. El informe de Tocqueville no tuvo seguimiento.

En 1840, se crea una comisión y Broglie informa en su nombre, en marzo de 1843.

Mismo fracaso.

Es entonces cuando se produce un hecho histórico: los obreros de París presentan una

petición a la Cámara de los diputados en la que reclaman la abolición de la esclavitud.

Gesto histórico, sí, y de consecuencias incalculables.

Ese día, el 22 de enero de 1844, se sella la alianza entre los dos proletariados: el proletariado obrero de Europa y el proletariado servil de las colonias.

Merece la pena citar el documento:

SEÑORES DIPUTADOS:

Los abajo firmantes, obreros de la capital, tienen el honor, en virtud del artículo 45 de la Carta Constitucional, de solicitaros que os dignéis a abolir, en esta sesión, la esclavitud. Esta lepra, que no corresponde ya a nuestra época, existe aún en algunas posesiones francesas. Es para obedecer al gran principio de la fraternidad humana que venimos a haceros oír nuestra voz a favor de nuestros hermanos desafortunados: los esclavos. También sentimos la necesidad de protestar alto y claro, en nombre de la clase obrera, contra los defensores de la esclavitud que osan decir –ellos que actúan con conocimiento de causa- que la suerte de los obreros franceses es más deplorable que la de los esclavos. Según los términos del Código Negro, edición de 1685, artículos 22 y 25, los propietarios deben alimentar y vestir su ganado humano; se desprende de las publicaciones oficiales hechas por el Ministerio de la Marina y de las Colonias que se desentienden de esa obligación concediendo el sábado de cada semana a los esclavos. Los de la Guayana francesa no tienen más que un sábado negro por quincena, en contra de las prohibiciones del artículo 24 del Código Negro y de las penalidades del artículo 26.

Cualesquiera que sean los vicios de la actual organización de trabajo de Francia, el obrero es libre, bajo un determinado punto de vista, más libre que los asalariados defensores de la propiedad pensante.

El obrero se pertenece a sí mismo; nadie tiene derecho a azotarlo, venderlo, separarlo violentamente de su esposa, de sus hijos, de sus amigos. Aun en los casos en los que los esclavos sean alimentados y vestidos por sus propietarios, no se les puede considerar felices, puesto que como bien lo ha resumido el señor duque de Broglie, hay que reconocer que la condición de la bestia es preferible a la del hombre y que vale más ser un animal que una criatura racional. Orgullosos de la santa y generosa iniciativa que tomamos, estamos seguros de que a nuestra petición le corresponderá el eco en nuestra noble patria y confiamos en la justicia de los diputados de Francia.

París, 22 de enero de 1844. Firmado: Julien GALLÉ y 1505 firmas.

Frente a esta exigencia energética, el Gobierno aparta la vista como de costumbre.

Condenan la esclavitud con la boca pequeña. Prometen enmendarla. Pero la conservan.

El ministro de la Marina, el almirante de Mackau, expresa sus deseos de forma vaga. "El Gobierno es consciente de que hay que esforzarse lo máximo posible para mejorar la situación de los Negros". (*Risas irónicas en la izquierda*).

... Y promete trabajar en “la educación moral y religiosa” de los esclavos... Se les construirán capillas.

Guizot, más hábil, promete tomar medidas “para preparar, manejar y conseguir la emancipación”, pero en seguida se le impide proseguir.

Cuando en el año 1845, la burguesía orleanista, presionada por la opinión democrática, trata de mantener sus promesas, incapaz de decidirse, incapaz de actuar en conjunto, agarrada entre los principios pseudohumanitarios y las preocupaciones colonialistas de su gobierno bastardo, no puede hacer más que hurgar en el arsenal del pasado y salir de ésta de modo tembloroso -como es habitual- con una vieja disposición romana que pronunció Séneca en un discurso:

*“Peculium suum, quod comparaverunt ventre fraudato, pro capite numerant”<sup>3</sup>.*

He aquí lo que se nos ofrece en 1845 como soluciones al problema de la esclavitud: se le garantiza al esclavo la propiedad de su peculio y se le permite determinar el precio de su rescate.

Se ha discutido bastante acerca de si las leyes de 1845 eran de transición o de transacción. Ni una cosa ni la otra. Eran leyes de desdén.

\*\*\*

Es lógico que los resultados de una legislación de ese tipo hayan sido nulos.

El único contento es Montalembert.

“No hemos admitido —proclama con satisfacción— que la emancipación de los negros pueda ser un acto independiente de su moralización, independiente de su formación religiosa y elemental, en resumidas cuentas, independiente de todas las condiciones que deben prepararles para tener su lugar en la sociedad colonial. Nos hemos esforzado para satisfacer todas estas condiciones de forma simultánea y sigo convencido, como hace dos años, que hemos escogido el mejor sistema, el mejor camino, los mejores medios”.

¿El mejor camino?

No debía llevar muy lejos.

La publicación *L'Abolitionniste français* señaló en marzo de 1847 que:

“Todos los decretos pronunciados por las asambleas de los colonos son redactados con un espíritu de oposición y de resistencia; las leyes de 1845 son eludidas o violadas en sus principales disposiciones”.

<sup>3</sup> N, de R.: “A cambio de libertad que pagan con los ahorros que han reunido engañando a sus estómagos”, en SÉNECA, Lucio Anneo, *Cartas a Lucio*, carta n°80.



Les echan la culpa a las asambleas de los colonos, con toda la razón, de hecho.

Pero ¿cómo no se habrían enardecido al sentir y experimentar la timidez del Gobierno francés?

Me basta como prueba la carta del 19 de febrero de 1847 en la que el Ministro de la Marina entrega al Gobernador de Martinica la aprobación de una decisión negativa sobre dos solicitudes de reventa en masa:

SEÑOR GOBERNADOR:

Dos habitantes de Martinica, los señores de Linval y Morin, desean conocer la experiencia del trabajo libre y sabiendo que el gobierno no puede favorecer sus propósitos mediante la adquisición de sus propiedades, ya ofrecidas por uno de ellos, han tenido la idea de solicitar la compra de sus esclavos con los fondos del Estado, reservándose así la posibilidad de conceder posteriormente a esos Negros las tierras, y retener su trabajo con un sistema de explotación aparcería.

El Consejo privado, consultado por usted sobre estas dos solicitudes, ha reconocido sin problema que, al margen de todo examen sobre la situación personal de los dos interesados... procede descartar sus propuestas por una cuestión de principio, derivada de la ilegalidad que supondría emplear fondos puestos a disposición del Gobierno para comprar de nuevo esclavos según la ley del 17 de julio de 1845.

¡Los fondos puestos a disposición del Gobierno!

Los hombres de Luis Felipe sabían contar: 200 000 francos en los presupuestos de 1848... ¡El precio de menos de cien esclavos por todas las colonias francesas!

\*\*\*

Taine ha intentado hacer un retrato del Jacobino y de su supuesta antítesis, el hombre de Estado.

El hombre de Estado no admite jamás ningún principio si no es a beneficio de *inventario*; sólo avanza firme, pero prudente en la innovación y la reforma; prueba, tantea, aplica "por porciones, gradualmente, provisionalmente".

Contrariamente, se dice abiertamente de nosotros, los Jacobinos: que somos hombres reales, sin ninguna preocupación. Solamente principios. Geometría sí, política no.

Todo Taine está ahí: dogmatismo sentencioso y retórico.

Está claro que en el año 1848 cualquier tanteo, cualquier titubeo, cualquier medida *luis-felipiana* a medias hubiera transformado las colonias en volcanes.

Se palabreó durante treinta años.

Hubo que decidir en un día.

Schœlcher tuvo el mérito de entenderlo.

No hay nada de pedante o de ingenuo en él.

Con los principios aporta otra cosa: un amor verdadero hacia los Negros, una confianza ilimitada en el hombre, un sentido real de la situación, así como un punto de vista político infinitamente justo.

\*\*\*

Febrero de 1848. Derrocan la monarquía. ¿Qué suerte les espera a los esclavos?

La joven República es moderada, discreta, terriblemente expectante, bien considerada, en suma, amiga de todo el mundo, de los obreros y de los burgueses, de los armadores y de los comerciantes.

Es un hecho histórico que la República dudó.

El primer despacho de Arago, el nuevo Ministro de la Marina y de las Colonias, es un aplazamiento de la emancipación y sus promesas vagas no son más que las de un Guizot republicano.

Se lee lo siguiente:

“Hasta que no se proclame una nueva constitución y la acción legislativa retome su curso, todos los ciudadanos sabrán entender que su primer deber es el de *someterse a las leyes y a las autoridades existentes*.

Todas las clases de la población colonial deben saber que no pertenece a ninguna de ellas el adelantarse a lo que querrá hacer, para regular su porvenir, el poder que saldrá de los votos del país.”

Todos los antilleanes progresistas de París compartían esta opinión. Perrinon, en una carta a “nuestros hermanos de las colonias” publicada el 27 de marzo de 1848 en el periódico *Le Courrier de la Martinique* aconseja concordia y paciencia:

“A los Negros les recomendamos que confíen en los Blancos, a éstos que confíen en los Negros, a todas las clases que confíen en el Gobierno. A unos les recomendamos como deber de buen ciudadano que se olviden totalmente del pasado, a los otros que se preparen de la manera más sincera y leal para la nueva era en la que estamos a punto de entrar.

En resumen, no tenemos derecho a llevar la bandera de la libertad a las colonias. El Gobierno provisional no tiene esta misión; pero quedamos convencidos de que será una de las primeras obras de la Asamblea

constituyente. *Paciencia, esperanza, unión, orden y trabajo*, es lo que os recomiendo a todos.”

Esos eran los sentimientos del Gobierno provisional. A Schœlcher, de vuelta de Senegal el 3 de marzo, se le debe reconocer indiscutiblemente el mérito de haberle echado un pulso a la República.

Arago lo reconoce lealmente en sus *Mémoires*:

Durante una conversación que mantuvimos los dos ese mismo día<sup>4</sup>, escribe, el señor Schœlcher me demostró que era totalmente necesario volver a la idea de la emancipación inmediata: me mostró que la frase sentimental que leíamos al final de mi carta a los gobernadores de nuestras colonias no satisfaría en absoluto a los Negros; que la promesa vaga que esas palabras contenían les parecería un engaño, y que definitivamente buscarían conseguir por la fuerza lo que se les tendría que haber acordado de buena voluntad. Los argumentos del señor Schœlcher provocaron una convicción total en mi espíritu, y decidí presentar a mis compañeros un decreto de emancipación inmediata. Me proponía al mismo tiempo escoger al señor Schœlcher como Subsecretario de Estado para ayudarme con la gran obra de la abolición, y de componer una comisión cuya presidencia daría a este eminente filántropo, comisión que sería la encargada de redactar todos los reglamentos que el régimen de la libertad hacía indispensables.

De hecho, el 4 de marzo, se instituyó una Comisión por decreto del Ministro para preparar el acto de emancipación en la mayor brevedad posible.

Otro decreto nombra los miembros de la Comisión: Víctor Schœlcher, presidente; Mestro, director de las colonias; Perrino, jefe de batallón de la artillería de la marina; Gatine, abogado; Gaumont, obrero relojero.

Se dio un paso considerable.

\*\*\*

Y sin embargo, ¡cuántas dudas aún!

Tenemos que haber leído el proceso verbal de la comisión para darnos cuenta de que sin Schœlcher, sin su voluntad imperiosa, sin su ascendiente, sin su tan vasta experiencia, la gran obra se podría haber perdido en discusiones académicas, en estériles habladurías y todo movimiento podría incluso haber sido frenado, saboteado, detenido por la resistencia de los tímidos y de los prejuicios.

Desde el 6 de marzo reúne la Comisión y zanja, empuja, dirige y presiona la medida con el temor de ver surgir en cualquier giro de los acontecimientos a cualquier Charles Dupin,

---

<sup>4</sup> El 3 de marzo de 1848.

y estampa en los trabajos el vivo aspecto de quien sólo los puede salvar.

En realidad, no se planteaba sólo un problema, sino cuatro:

- ¿Era necesario abolir la esclavitud de forma inmediata, o era mejor esperar la elección de una asamblea nacional que decidiera por sumario?
- ¿Cuál sería el estatus cívico de los recién liberados? Si se aboliese la esclavitud inmediatamente, ¿se admitiría que los negros participasen en las próximas elecciones?
- Una vez abolida la esclavitud, ¿cómo se mantendría la mano de obra en las "viviendas" para evitar la ruina de las colonias?
- Finalmente, ¿en base a qué y según qué principios se debe calcular la indemnización reclamada por los colonos?

Tantas preguntas delicadas sobre las que había que pronunciarse. Y urgentemente.

\*\*\*

"¿Había que proceder prontamente a la redacción de un decreto de emancipación? ¿O había primero que consultar los documentos relativos a las diferentes materias sometidas al examen de la comisión?" Dicho de otro modo: ¿había que actuar o aferrarse a largas discusiones de principios?

Un Gatine, un Perrinon se dejan tentar.

Schœlcher resuelve; piensa "que el decreto debe contener la aplicación de esos principios fundamentales, independientes de toda consideración extranjera que no tienen que pedirle explicaciones ni al pasado ni al presente y que no recogen más que el *derecho natural* y la *razón*". Ergo: abolición. Y Schœlcher especifica: abolición inmediata.

Mestro insinúa que sería preferible aplazar la adopción de una medida tan importante y dejarla para la futura Asamblea nacional. Por su parte, Gatine "no disimula que se objetará a la resolución del Gobierno por no cumplir su promesa de no tocar los derechos de la propiedad".

Schœlcher es categórico. A Mestro le replica que una abolición pronta de la esclavitud es el único medio para salvar las colonias. A Gatine, que la cuestión de legalidad no será dudosa y que el Gobierno provisional que ha destruido la Carta para proclamar la República tiene el derecho de pronunciar la liberación de los Negros.

Se habla de la "propiedad servil", pero el gobierno tiene siempre el poder de expropiar por causa de utilidad pública.

Y Schœlcher añade de forma magnífica:

“Expropiaremos por causa de utilidad moral”.

Es bajo esas circunstancias y con esas consideraciones que el principio de la abolición fue admitido.

Sin embargo, no había nada definitivo. Sabemos que Marrast, que tenía relaciones con la sociedad criolla, quería esperar las elecciones y a la Asamblea nacional.

Sabemos que la aristocracia colonial tenía en Francia numerosas y poderosas relaciones que aún podían paralizarlo todo o deshacerlo por completo.

En definitiva, la decisión pertenecía al pueblo, al pueblo negro.

\*\*\*

A duras penas nos podríamos imaginar lo que pudo ser para los Negros de las Antillas la terrible época que va desde inicios del siglo XVII hasta la mitad del XIX, si la historia no se hubiera encargado desde hace algún tiempo de proporcionarnos algunas bases para comparar.

Imaginémonos Auschwitz y Dachau, Ravensbrück y Mauthausen, pero todo en la escala inmensa —la de los siglos, la de los continentes—; América transformada en “universo de campos de concentración”, el uniforme a rayas impuesto a toda una raza, la palabra dada soberanamente a los *kapos*<sup>5</sup> y a los golpes de *schlage*<sup>6</sup>, un lamento lúgubre surcando el Atlántico, montones de cadáveres en cada alto, en el desierto o en el bosque; y los pequeños burgueses de España, de Inglaterra, de Francia, de Holanda, inocentes Himmlers del sistema, amasando con todo ello el dinero repugnante, el capital criminal que hará de ellos jefes industriales. Imaginémonos todo esto y todos los escupitajos de la historia, y todas las humillaciones y todos los sadismos, y los añadimos y los multiplicamos, y entenderemos que la Alemania nazi no hace más que aplicar a pequeña escala en Europa eso que la Europa occidental ha aplicado durante siglos a las razas que tuvieron la audacia o la desgracia de cruzarse con ellos en el camino.

Lo admirable es que el Negro haya aguantado.

Muchos morían. Los otros *aguantaron*.

¿Cómo?

Por la bondad negra que hace que uno fortifique al otro.

Por la imaginación negra que siempre les presentó la libertad como al alcance de la mano.

---

<sup>5</sup> N. de R.: término con el que se designaba a los reos de campos de concentración nazis que asumían tareas de vigilancia de los demás presos.

<sup>6</sup> N. de R.: vara, en alemán.

Por el amor a la vida y por el humor negro que les hizo superiores a su condición y siempre jueces de sus amos.

El hecho es que no se vinieron nunca totalmente abajo, no perdieron jamás la esperanza, no renunciaron nunca a su dignidad y día tras día, durante siglos, estuvieron conspirando, aparentemente resignados; domados, jamás.

En cuanto al decreto del 3 de marzo, conocido por ellos en abril, este terminó de armarles. Tengo a mi vista un documento asombroso: la proclamación que el 31 de marzo de 1848 dirigió el director del Ministerio de Interior Husson a los esclavos martinicos.

Mentiras evidentes, camuflajes groseros, paternalismo insoportable, patentes de generosidad y de filantropía concedidas a los peores esclavistas, y encima ese dulce tono idiota que nos creemos obligados a usar cuando nos dirigimos a los niños.

No hay nada en ese texto que no irrite:

AMIGOS MÍOS:

Ya estaréis informados de la buena noticia que acaba de llegar de Francia. Es bien cierta... La libertad va a llegar. Ánimo hijos míos, os la merecéis. Son señores buenos los que la han pedido para vosotros; los señores Picoul, Bence, Froidefond-Desfarges, Lepelletier de Saint-Rémy, Perrinon, de Jabrun y Reizet de Guadalupe.

Todos los que se encontraron en París se reunieron y encargaron a sus señores que pidieran vuestra libertad al Gobierno que la consintió: Luis Felipe ya no es rey. Fue él el que frenaba vuestra liberación.

Pero es necesario que la República tenga tiempo para preparar los fondos de recompra y para crear la ley de libertad. *Así pues, hasta la fecha no ha cambiado nada. Seréis esclavos hasta que se promulgue la ley.* Hasta entonces, tendréis que trabajar según las prescripciones de la ley para el beneficio de los amos.

Siguieron los Consejos y los recuerdos históricos:

Amigos míos, sed dóciles a las órdenes de vuestros amos para enseñarles que el poder de mandar no le pertenece a todo el mundo. Vuestra suerte está en vuestras manos.

Recordad lo que sucedió en Guadalupe.

En el tiempo de vuestros padres, la República existía en Francia; proclamó la libertad sin indemnizar a los amos, sin organizar el trabajo; pensó que los esclavos entenderían que debían trabajar y abstenerse de todo desorden. Los ingleses se adueñaron entonces de Martinica y vuestros abuelos no fueron libres. En Guadalupe, que escapó de sus enemigos, todo el mundo fue libre, pero los esclavos ancianos abandonaron el trabajo y empeoraron, y se volvieron más desafortunados día tras día.

*Tras siete años de libertad, obligaron a la República a volver a esclavizarlos.*

*¡Es por eso que vuestros compañeros de Guadalupe son esclavos hasta*

*el día de hoy!*

Admirad la delicadeza de sentimientos y de tacto: el mismo día en el que se anunció la abolición de la esclavitud, se legitima su existencia por la "mala conducta" de los negros.

El texto continúa en homilía:

El señor Le Curé está ahí para deciros que hay que trabajar y casarse para obtener las recompensas en la otra vida. Cristo nació en un establo para enseñarles a los hombres de las áreas rurales que no deben compadecerse por la humildad de su nacimiento. Permitió que le clavaran en una cruz para que los desdichados vieran a sus sacerdotes como amigos destinados a guiarles por el bien.

Y ahora el idilio y la lágrima en el ojo:

Venga amigos míos, itened paciencia y confianza!

Acabo de visitar las poblaciones de San Pedro, Prêcheur, Maconta y Basse-Pointe. He visto a vuestros compañeros, son personas valientes que saben comprender la libertad. Vosotros sois iguales, estoy convencido. Me hubiera encantado que hubierais estado conmigo y con el señor De Courcy. Cuando he anunciado en su taller que todos iban a ser libres, todos gritaron: "¡Gracias Señor Director! ¡Viva el trabajo! ¡Viva el Señor! ¡Viva la Señora!"

Durante la cena, me enviaron once hombres casados que me han presentado a sus esposas y me han encargado en nombre del taller de darle las gracias a la República.

¡Amigos míos! ¡Qué bonito ha sido esto!

Adiós mis buenos amigos. Cuando queráis manifestar vuestra alegría, gritad: *¡Viva el trabajo, viva el matrimonio!* Hasta que ocurra lo que os acabo de contar: ¡ha llegado la ley, viva la libertad!

\*\*\*

Los esclavos de Martinica tuvieron el buen gusto de no esperar la llegada del Mesías.

Aplaudimos el anuncio de la libertad. Pero nos inquietó que fuese diferida.

Lo que el legalismo de Perrinon no podía adivinar, el instinto popular lo intuyó. Los Negros empezaron a decir que no todo estaba dicho; que aún había resistencias y dudas; que había que vencerlas.

Magnífica intuición: sintieron que la libertad no cae del cielo, que no se otorga de inmediato, que se toma y se conquista.

Resumiendo: decidieron pasar a la acción.

¡Y cuánta razón tenían! Pensemos en las intrigas de Marrast. Tengamos en cuenta

que después de los acontecimientos del 15 de mayo, en Francia, la burguesía de los puertos marítimos se alteró y pensó en revisar la idea de la emancipación. Esta confirmación la encuentro en el *Bulletin colonial* del *Courrier de la Martinique*, el 31 de mayo de 1848 en el que se admite que "varios delegados de puertos marítimos habían manifestado ciertas tendencias en este sentido" a la comisión de las colonias formada nuevamente. Podemos afirmar que sólo la acción violenta de las masas martinicas fue la que impidió el retroceso y convenció a los colonos, según los términos del *Courrier de la Martinique*:

"en el punto en el que se encuentran hoy en día las cosas, en un momento tan crítico sería una imprudencia usar la fuerza que la peripecia del 15 de mayo da a todos los moderados para deshacer lo que la precipitación o el prejuicio ha hecho cumplir."

Está claro. Sólo la fuerza revolucionaria podía contener la contrafuerza reaccionaria.

Es en Martinica donde las fuerzas populares entraron en acción.

El 22 de mayo se forman aglomeraciones en Fort de France.

Estallan motines en el sur de la isla. En el norte, en Trinidad, los esclavos bajan de los morros y se dirigen hacia la villa. Hora tras hora aumenta el oleaje de la insurrección. En Prêcheur ya tenía lugar la batalla. En Saint Pierre, el incendio.

Una veintena de casas en llamas, treinta muertos, la amenaza de una sublevación general, la decisión de los insurgentes, todo tuvo razón de ser por la resistencia de la burguesía. Y es esta misma burguesía quien suplica al gobernador que ordene la abolición inmediata de la esclavitud, antes incluso de que llegaran las instrucciones de París.

El 23 de mayo se abolió la esclavitud en Martinica. Pocos días más tarde, la siguió Guadalupe. La clarividencia y la obstinación de Schœlcher encendieron la mecha de la libertad.

La impetuosidad negra hizo el resto.

\*\*\*

Pero volvamos a París.

Una vez abolida la esclavitud, se planteaba un segundo problema: el de la ciudadanía. Los negros liberados ¿podrían participar inmediatamente en las elecciones de la asamblea nacional?

La mayoría de la Comisión se muestra indudablemente en contra.

Perrinon piensa que los esclavos franceses no están tan bien preparados para la vida política como los de las colonias inglesas.

Mestro teme "que las dos clases (Blancos y Negros), en el momento en el que se

rompan sus relaciones actuales, estén poco preparados para unirse en el ejercicio de este derecho común y que resulten de ello decisiones inesperadas, extrañas”.

Esta es la misma opinión que tienen los delegados de Guadalupe y así se lo expresan a la Comisión el 8 de marzo.

Jabrun querría elecciones antes de la emancipación (para excluir los esclavos del colegio electoral). Sólo participarían los Negros ya liberados.

A Reizet le bastaría con el rigor de un sistema censatario: solo votarían los “capacitados”.

“El ciudadano Reizet”, leemos en el acta, “insiste en la distancia que separa al trabajador metropolitano del esclavo Negro. Los Negros no tienen ninguna preparación en la vida política, y ¿cómo estarían capacitados si salen de un régimen en el que se creía que se les debía impedir que llegaran a cualquier tipo de iluminación? El ciudadano Reizet sólo admitía a aquellos que supieran leer y que fueran capaces de discernir”.

La misma opinión la expresaban el 9 de marzo Dejean-Labâtie y Sully-Brunet, delegados de Reunión, Picard y Froidefond-Desfarges, representantes de los colonos de la Martinica.

Sully Brunet “propondría restringir los derechos políticos a aquellos que aún sabiendo leer o estando casados, ofrecieran además de eso más garantías, más capacidades o más moral”.

Picard cree que para las primeras elecciones sería razonable excluir a los nuevos libres: “Es un peligro dar unos derechos a hombres que son incapaces de ejercerlos”.

Froidefond-Desfarges comparte esta opinión: “Los negros son niños grandes, tan incapaces de conocer sus derechos como sus obligaciones. En Martinica serían 30 000 electores más, votando sin convicción, porque no tendrían tiempo de tener ningún tipo de convicción. Se les podría admitir en las siguientes elecciones, si éstas no se convocan antes de un año”.

El 14 de marzo, se le consultó a Isambert quien opinó lo mismo.

Cree que “otorgar derechos metropolitanos a la raza negra, sería concederles una *capacidad* cívica por debajo del desarrollo actual de su inteligencia”. “¿No habría que temer que en razón de su nueva situación, no se pusieran del lado ni de los blancos ni de los mulatos de todos los matices, y que por su número quisieran apoderarse del gobierno de las colonias? El caso de Haití sería un ejemplo”.

Todas estas resistencias no hacen más que resaltar la generosidad, la inteligencia y el coraje de Schœlcher.

El 6 de marzo afirma “que los esclavos franceses están mejor preparados hoy en día que los esclavos ingleses en la época de la emancipación”.

El 14 de marzo subrayó que el pueblo francés, después de haber atravesado largos años de servidumbre, envió, sin embargo, representantes de élite a la asamblea nacional.

Respecto a la selección de los diputados, confía en el buen juicio popular y cree "que en las Asambleas populares existe una sensatez que se desprende por sí misma y que conduce a decisiones más acertadas".

A los que como Isambert cuestionan el espectro de la evicción de los blancos, cita el caso de las colonias inglesas y especialmente el de Jamaica, y afirma "que los negros tienen un sentido tan recto como los blancos y que no están expuestos a comprometer sus verdaderos intereses en la selección de sus representantes".

En suma, insiste en que el Gobierno dé a las colonias el derecho de representación desde el día en el que la esclavitud sea abolida "y de regular el modo de sus elecciones de tal forma que sus representantes puedan trabajar con los de la metrópolis en la constitución de la República".

Una vez más, los supera.

\*\*\*

Con respecto a la cuestión sobre la organización del trabajo, la batalla es poco menos intensa.

La discusión se basa en el proyecto propuesto por el Consejo colonial de Guadalupe.

La idea matriz del proyecto es la substitución de la esclavitud por la asociación obligatoria.

En cuanto acabe el sistema, "los individuos que estaban sometidos a la esclavitud disfrutarán de todos los derechos civiles. Sin embargo, quedarán sujetos al menos durante cinco años a las viviendas, destilerías, panaderías, calerías, pesquerías y edificios destinados a los negocios del mar donde fueran empleados".

En la Comisión, el proyecto tiene partidarios secretos.

Mestre es del parecer que el Negro sea declarado libre desde la publicación del decreto, "pero que siga sometido durante un intervalo subsecuente a la obligación de residir y trabajar en la *propiedad* de su amo". Además, está a favor de una represión enérgica contra el "vagabundeo" y cree que hay que agravar las penas previstas en el código francés para su uso en las colonias "teniendo en cuenta que la vida en las colonias es más fácil".

Con respecto a los delegados coloniales, defienden fervientemente esta tesis.

Reizet opina que el Estado tiene derecho a *imponer* la asociación.

Froidefonds-Desfarges afirma que sin la asociación forzada, las propiedades más pequeñas (las que no tenían más de 100 trabajadores) se arruinarán.

Si Isambert era de la opinión que no se puede obligar a los negros a asociarse con sus antiguos amos, proclama que sería necesario que "el trabajo fuera obligatorio, como la exclusividad de la libertad y la providencia del hombre". "Toda constatación de vagabundeo y de mendicidad debería estar seguida de una enérgica represión". Añade:

"Lo primero que necesita la colonia después de la emancipación es la represión del vagabundeo".

Sobre este fondo de charlatanes y de hipócritas, de confusionistas y de formalistas, listos todos a hacerle pagar al Negro el peso de su libertad con falsas promesas, la figura de Schœlcher destaca magníficamente.

Contra la asociación forzada, contra toda legislación especial acerca del "vagabundeo colonial", el *derecho común y la libertad del trabajo* son sus principios. Se acabó la cartilla de trabajo. Se acabaron los rodeos. Se acabaron las evasivas.

En lo que se refiere a "la organización del trabajo", hay que ponerse de acuerdo con el concepto: "Para los colonos", comenta, "se aplicará la asociación forzada, es decir, otra forma de esclavitud. Nosotros la rechazamos. La coacción en el trabajo siempre ha sido una causa de decadencia y de ruina; el progreso sólo es posible en una libertad absoluta. El imperio romano, durante su decadencia, cuando la esclavitud amenazó con faltarle, también organizó de esta forma el trabajo libre. Estranguló con las mismas trabas la libertad y el trabajo; destruyó la industria, constituyó la servidumbre. Esta obligación en la asociación, rechazada por el derecho y condenada por la historia, no tendría ni siquiera hoy en día la excusa de la necesidad. El Negro se entregará al trabajo si encuentra un beneficio razonable. El trabajo a destajo o jornalero, la asociación libre, la aparcería paritaria, son algunas fórmulas que podrían emplearse y ser una buena competencia al provecho de la misma sociedad. *Todos esos procedimientos son posibles, excepto uno: la obligación al trabajo.* Los negros no sabrían comprender que se puede ser de repente libre y a la vez estar bajo coacción. La República no sabría arrancarles de un lado lo que se les ha dado por el otro; a las *colonias como en la metrópoli, el tiempo de la ficción ya ha pasado*".

*El tiempo de la ficción ya ha pasado.* Palabras muy notables en una época en la que precisamente la ficción casi siempre esconde lo real y donde la palabra "pudre" la idea.

\*\*\*

Quedaba la espinosa cuestión sobre la *indemnización*, la compensación que habría que proporcionarles a los colonos.

Schœlcher es muy clarividente como para no darse cuenta de que rechazarla sería comprometer la emancipación. Pero hay indemnizaciones e indemnizaciones. ¿Indemnizar

a los colonos por -digamos- un desposeimiento de sus derechos? No, protesta Schœlcher. No sabría que existe una posesión legítima del hombre sobre el hombre. ¿El derecho de la propiedad de los colonos? Magnífica fórmula de Schœlcher:

*"No existe un derecho contra el derecho".*

¿Indemnizar a los antiguos propietarios de esclavos? ¿Y por qué no al esclavo, la verdadera víctima del sistema? Brevemente, Schœlcher opina que la indemnización se aplique a toda la colonia y no a los colonos:

*"En el régimen de la esclavitud, está el amo que posee y el esclavo que es poseído; y si Francia debe una indemnización por este estado social que ha tolerado y que suprime, se la debe tanto a los que la han sufrido, como a los que la han aprovechado. No se puede compensar únicamente a los propietarios; se debe compensar a la colonia entera, con el fin de que se beneficie tanto el propietario como el trabajador".*

Ya se ve: frente a un Mestro cauteloso y rutinario, a un Gatine pleitista, a un Perrinon valiente y un poco timorato, y un Isambert verboso a pedir de boca, Schœlcher representa la voluntad de llegar a buen puerto y de hacerlo velozmente, sin por ello dejar de lado sus principios, osamenta de toda su gran obra.

\*\*\*

Marx, como Hegel, remarca que todos los grandes acontecimientos se repiten dos veces: la primera vez, como tragedia; la segunda, como farsa.

La historia invierte a veces esta proposición y lo que para los escépticos puede parecer una *farsa*, la realidad lo convierte en esbozo y mueca del futuro serio.

La farsa, pero grandiosa, es de pluvioso año II.<sup>7</sup>

La esclavitud queda abolida en menos de diez minutos. Todos los diputados abrazan los dos diputados de Santo Domingo. Una ciudadana de color se desmaya en la tribuna. El ciudadano presidente se percata de su desmayo y la invita a sentarse a su izquierda, mientras "que la desconsolada se seca las lágrimas que le ha hecho verter esta escena enternecedora".

Esta vez la parte seria llegó en abril de 1848: sin lágrimas, sin ternura, pero ese día un millón de hombres suben uno a uno los peldaños de la incertidumbre e invaden la gran escena de la historia.

\*\*\*

Sabemos cómo después de la abolición de la esclavitud bajo el Segundo Imperio que lo

<sup>7</sup> N. de R.: Pluvioso es el quinto mes del calendario francés republicano, del 20 de enero al 18 de febrero del calendario gregoriano, mientras que el segundo año estaría a caballo entre los años 1793 et 1794.

proscribió, cómo bajo la III República que le hizo senador, Schœlcher prosiguió incansablemente la obra que empezó en 1848, y cómo desde entonces este aborrecimiento de ficciones no tuvo más que un fin: transformar en libertad real la libertad formal que arrancó de la aristocracia colonial y se la entregó a los Negros.

Y, de hecho, este hombre que algunos han intentado presentar como un cuarentayochista<sup>8</sup> ineficaz, tuvo una visión bien lúcida de las condiciones de la verdadera libertad.

Su grandeza estriba precisamente en que supo no ser prisionero de su obra, que la supo dejar atrás y poner las bases de una segunda emancipación: política y económica. ¿Emancipación económica? Quiso facilitar el acceso del proletariado negro a la propiedad y transformar las colonias en verdaderas democracias campesinas.

¿Emancipación política? Quiso transformar las viejas colonias en departamentos franceses.

La enmienda que depuso en este sentido en la Asamblea constituyente en 1849 fue rechazada. Ese día se puso en su contra su viejo adversario Charles Dupin, el orador convencido de las grandes azucareras de las Antillas, y Dupin de La Nièvre que sintonizaba con los mismos sentimientos, declaró que las 50 000 leyes del *Boletín Oficial* no serían un buen regalo para las colonias.

La única satisfacción que se le concedió a Schœlcher fue la de reemplazar el régimen del decreto y de la ordenanza —que hasta entonces había sido la de los territorios de ultramar— por el régimen de la ley de excepción. Después llegó la ley de marzo de 1946 que de conformidad con los votos de la abolición, constituye en departamentos las islas Martinica, Guadalupe, Reunión y Guayana...

\*\*\*

Asimilación. Federación.

Es inútil lanzarse estos vocablos a la cara. No son exclusivos el uno del otro y es notable que en pleno siglo XIX, en pleno mesianismo europeo, Schœlcher descendiera de la ideología de *La Civilización*, la única, la verdadera (la europea) y que tuviera bastante imaginación, bastante simpatía en el sentido más amplio de la palabra, para evocar una república caribeña, despertando de viejas torpezas e intentando regenerar sus civilizaciones destruidas y sus pueblos oprimidos.

¿Qué hubiera dicho hoy en día de Indochina o de Madagascar?

Asimilación. Federación.

Está claro que el elemento discriminatorio aquí es circunstancial, espacial, temporal.

---

<sup>8</sup> N. de R.: en referencia a los partidarios de la Revoluviñon Francesa de 1848.

Era el punto de vista de Schœlcher, y que la asimilación suponía un paso adelante, una manera de poner al proletariado colonial al abrigo de los golpes, especialmente los dirigidos contra él...

Víctor Schœlcher, un extraño sople de aire puro, uno de los pocos que han soplado sobre la historia de asesinatos, saqueos, exacciones.

\*\*\*

¿Desfasado? ¿Obsoleto?

Existen todavía países en los que no sólo se discuten los derechos de los Negros, sino que además se crean sociedades para reclamar su supresión legal invocando la autoridad bíblica de Noé.

Así pues, evocar a Schœlcher no es invocar a un fantasma en vano. Es recordar la verdadera función de un hombre cuyas palabras son todas balas explosivas. Que su obra es incompleta, eso es evidente. Pero sería pueril e ingrato subestimarla.

Aportó a los negros de las Antillas la libertad política. Si no pudo completarla y llevarla a la propiedad y seguridad económica, al menos pudo crear una contradicción sobrecogedora que no puede evitar que estalle el viejo orden de las cosas: *el que hace del moderno colonizado un ciudadano total a la vez que un proletariado integral.*

A partir de ahora, también en las costas del mar del Caribe, resuena el motor de la Historia. ■

# RELACIONES INTERNACIONALES

Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica  
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)  
Universidad Autónoma de Madrid, España  
[www.relacionesinternacionales.info](http://www.relacionesinternacionales.info)  
ISSN 1699 - 3950

 [facebook.com/RelacionesInternacionales](https://facebook.com/RelacionesInternacionales)

 [twitter.com/RRInternacional](https://twitter.com/RRInternacional)

